

LOS ENSAYOS DE SABATO: INTELECTO Y PASION

Si bien la obra de ficción del escritor argentino Ernesto Sábato ha despertado copiosa atención crítica, no puede afirmarse lo mismo en cuanto a su ensayística, casi siempre analizada *vis-a-vis* las novelas dado el hecho de que, en esa obra no ficcional, Sábato ha expresado lo que podríamos denominar su poética, esto es, las bases ideológicas —usando aquí el término en el sentido amplio de visión o idea de mundo— y técnicas sobre las que ha construido sus novelas.

Sin embargo, el ensayo sabatiano va más allá de la preocupación puramente literaria, mostrando un interés muy vivo y sostenido por todo aquello que hace a lo argentino, a su cultura y a su política y, asimismo, a lo hispanoamericano.

En un artículo que luego incorporé a las ediciones norteamericanas y argentina de mi libro sobre la obra de Ernesto Sábato (1), intenté caracterizar su ensayística. Lo hice entonces en base a los cuatro libros fundamentales que hasta ese momento (2) había publicado Sábato: *Uno y el universo. Hombres y engranajes, Heterodoxia y El escritor y sus fantasmas*. Agregué también el ensayo que había aparecido en el libro titulado *Tango-Discusión y clave* (3), acerca de la característica danza porteña. A posteriori, la editorial Losada publicó dos tomos con las obras completas del escritor argentino: uno dedicado a sus ficciones, el otro a sus ensayos (4). En este volumen reaparecen aquellos textos que he considerado «fundamentales» en el conjunto de la ensayística sabatiana. Pero a ellos se agregan otros que habían sido sólo accesibles en diarios y/o revistas o, en algún caso, como pró-

(1) Angela B. Dellepiane: *Sábato: el hombre y su obra (ensayo de interpretación y análisis literario)* (New York, Las Americas Publishing Co., 1968), pp. 37-79 y 161-190. *Sábato: un análisis de su narrativa* (Buenos Aires, Ed. Nova, 1970), pp. 267-298.

(2) Escribí mi libro entre 1964 y 1968 y lo revisé para la edición argentina entre 1969 y 1970.

(3) Ernesto Sábato: *Tango - Discusión y clave, con una antología de informaciones y opiniones sobre el tango y su mundo*, realizada por T. Di Paula, Noemí Lagos y Tulio Pizzini bajo la dirección de E. Sábato (Buenos Aires, Ed. Losada, 1963), pp. 9-23.

(4) Ernesto Sábato: *Obras. Ensayos* (Buenos Aires, Losada, 1970), 1054 pp. Cuando cito ensayos de este volumen, consigno directamente la paginación al final de la cita.

logos (5), conferencias (6), o bien, incluidos en volúmenes que sólo reunían un número limitado de ensayos dedicados a un tema específico (7).

El lector que trabee ahora relación con esta ensayística, tendrá frente a su curiosidad una amplia gama de textos que le permitirán completar la visión del escritor-Sábato y más cabalmente entender su obra ficcional que pudo haberlo perturbado por su iconoclasia, complejidad y riqueza. Ese lector podrá enterarse, por ejemplo, de que uno de los espíritus más hondos y finos en las letras del continente—no otro que Pedro Henríquez Ureña—fue maestro de Sábato en el Colegio Nacional de La Plata y que a este intelectual exquisito le debió Sábato su entrada en el grupo de la revista *Sur*, lo que interesa porque significa que el maestro dominicano vio en Sábato los atributos germinales de intelecto y sensibilidad que hacen posible al gran escritor. Pero lo que el lector hallará también en este artículo de Sábato sobre su maestro, es un retrato cálido, humano, viviente de don Pedro, nacido de la más profunda admiración y de la añoranza que Sábato siente por la falta de «aquel espíritu supremo», sentimientos expresados o en impacientes exclamaciones:

A veces he pensado, quizá injustamente, qué despilfarro constituyó tener a semejante maestro para unos chiquilines inconscientes como nosotros (p. 807).

o en amargas denuncias:

Lo trataron tan mal [algunos de sus colegas] como si hubiera sido argentino (p. 807).

(ya que jamás le otorgaron una cátedra titular, ni en la Universidad de La Plata ni en la de Buenos Aires), o en la mostración de cómo Henríquez Ureña entendía su misión pedagógica:

Aquel humanista excelso, quizá único en el continente, hubo de viajar durante años y años entre Buenos Aires y La Plata, con su portafolio cargado de deberes de chicos insignificantes, deberes

(5) Tal es el caso de «Significado de Pedro Henríquez Ureña», prólogo al volumen *Pedro Henríquez Ureña*, selección y notas de los profesores Carmelina de Castellanos y Luis A. Castellanos (Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, Dirección General de Difusión Cultural, Subsecretaría de Cultura, 1967), pp. 7-25, y «Sobre nuestra música popular», prólogo a una selección musical publicada en 1966.

(6) «Homenaje a Ernesto Guevara», conferencia pronunciada por Sábato en la Universidad de París, en noviembre de 1967.

(7) «Sobre los dos Borges» aparecido primero en francés en el volumen de L'Herné dedicado a Borges, en 1964. «Sartre contra Sartre o la misión trascendente de la novela», en *Tres aproximaciones a la literatura de nuestro tiempo: Robbe-Grillet-Borges-Sartre* (Santiago, Editorial Universitaria, 1968).

que venían corregidos con minuciosa paciencia y con invariable honestidad... «¿Por qué pierde tiempo en eso?», le dije alguna vez, apenado al ver cómo pasaban sus años en tareas inferiores. Me miró con suave sonrisa, y su reconvención llegó con pausada y levísima ironía: «Porque entre ellos puede haber un futuro escritor» (pp. 807-809).

para rematar en este fragmento, que no vacilo en transcribir enteramente, ya que es el más justo homenaje que un discípulo pueda haber creado para el maestro ejemplar que don Pedro fue:

Y así murió un día de 1946: después de correr ese maldito tren, con su portafolio colmado, con sus libros. Todos de alguna manera somos culpables de aquella muerte prematura. Todos estamos en deuda con él. Todos debemos llorarlo cada vez que se recuerde su silueta encorvada y pensativa, con su traje siempre oscuro y su sombrero siempre negro, con aquella sonrisa señorial y ya un poco melancólica. Tan modesto, tan generoso que, como dice Alfonso Reyes, era capaz de atravesar una ciudad entera a medianoche, cargado de libros, para acudir en ayuda de un amigo (p. 809).

Junto a esta expresión teñida por los sentimientos, el lector, no obstante, hallará en Sábato la justipreciación objetiva, ecuánime del pensamiento filosófico de Henríquez Ureña, expresada con mesura y sencillez:

Sus demandas no eran productos de mera curiosidad, no acumulaba conocimientos, frívolamente..., sino por la necesidad de integrar su cosmovisión... Vivía en permanente tensión mental..., Pero ni los comentarios que le merecía de pronto un sombrero femenino pertenecían al reino de la contingencia: todo parecía, por el contrario, insertarse en una concepción del mundo (pp. 812-813).

Sábato destaca, asimismo, con exactitud tres rasgos básicos del pensamiento de Henríquez Ureña: su actitud ante el idioma y la cultura y su anhelo panamericanista. Otra vez aquí la nota emocionada del recuerdo personal junto a la exposición ponderada de las ideas:

Enseñaba el lenguaje con el lenguaje... No exigía un previo aprendizaje gramatical, sino más bien daba ese conocimiento a medida que el aprendizaje empírico del lenguaje en los escritores valiosos lo hacía indispensable..., de ese modo [las reglas gramaticales] se nos aparecían como reglas de un idioma viviente, no como normas dictadas por cadáveres para ceremonias funerarias. En aquella enseñanza se distinguía la *poiesis* de la *tekhné* (páginas 820-821).

La cultura era para Henríquez Ureña la síntesis del tesoro heredado y lo que el hombre y su comunidad contemporánea creaba dentro de ese cuadro preexistente; razón por la cual criticaba toda pretensión de una cultura puramente autóctona, que desconociera o menospreciara la herencia europea, como combatía la tendencia europeizante que, sobre todo bajo la influencia positivista, desdeñó la raíz americana (pp. 819-820).

Esa gran utopía con que soñaba, ardientemente en su juventud, melancólicamente en su último tiempo, era la utopía de una patria de hombres libres, de una generosa tierra integradora, una suerte de país platónico que no fuese el reinado de la pura materia. Ansiaba que termináramos con nuestras rencillas provincianas, predicaba la necesidad de unión..., y trataba de hacernos comprender el formidable tesoro que encierra un continente constituido por veinte naciones hermanas, de una misma lengua y, por lo tanto, de una misma tradición cultural (pp. 826-827).

En el tomo de Losada, el lector se allegará a, por lo menos, siete grupos diferentes de artículos, grupos que formo ateniéndome a las ideas que despliegan, a la índole de los temas que en ellos se discuten. Así, tendríamos cinco ensayos dedicados exclusivamente a la cultura argentina y sus expresiones y problemas («Sobre el voseo», «Sobre nuestra música popular», «Madurez nacional y literatura nacional», «El destino de la Argentina», «Seamos nosotros mismos»); tres a figuras literarias de evidente influjo en la formulación de las ideas sabatianas: el antes comentado sobre «Significado de Pedro Henríquez Ureña», el dedicado a «Los fantasmas de Flaubert» y el ya antes divulgado «Sartre contra Sartre». Con ellos se vinculan los dos ensayos que discurren acerca del arte pictórico —«Sobre el arte abstracto» y «Algunas reflexiones sobre arte en general y sobre Antonio Berni en particular»—. Hasta aquí, ensayos que si bien ensanchan el pensamiento sabatiano, todavía se mantienen dentro del cauce de ideas que el lector ha conocido en los ensayos «fundamentales» y *Sobre héroes y tumbas*. No obstante, al lector (y pienso particularmente en el lector no argentino) (8) se le presenta ahora la ocasión de atisbar otras preocupaciones, otros intereses y hasta de acercarse a la intimidad de unas «Crónicas de viaje» cuyas páginas testimonian el amor de Sábato por Beethoven y Marc Chagall («Tierno, grotesco, místico, chaplinesco, mágico, infantil, dolorido, melancólicamente irónico, judaicamente cristiano, ¡querido Marc Chagall», p. 1006), su innegable

(8) Pienso en el lector extranjero porque este no tiene ocasión de oír a Sábato en mesas redondas televisadas, o leer las entrevistas a que el periodismo argentino lo somete constantemente, o que no tiene acceso a revistas y diarios de circulación sólo en la Argentina y en las que aparecen artículos de la autoría de Sábato, no todos los cuales se encuentran hoy recogidos en libro.

romanticismo visible en la forma en que observa, siente y piensa acerca del valle del Rin o la casa de Beethoven o la *Misa Solemnis*, Op. 123, y el misterio de las grandes paradojas históricas. Ese nuevo —o reciente pero extranjero— lector de Sábato tendrá una muestra del Sábato enojado en los tres ensayos de denuncia del antisemitismo de un sector argentino como así también un ejemplo de su defensa del lugar que, en el país y en el mundo, corresponde a la minoría judía («Judíos y antisemitas», «Soberanía para carniceros», «¡Viva Eichmann, mueran los judíos!») en términos sarcásticos, duros pero inequívocos como éstos:

Desde hace muchos años los antisemitas del mundo entero nos vienen advirtiendo que el judaísmo proyecta la destrucción de la humanidad. Por el momento, y mientras se espera esa misteriosa operación, el antisemitismo se dedica a la operación inversa, única de la que se tiene noticia efectiva (*Judíos y antisemitas*, p. 831).

Como bien dice Sartre, el antisemitismo es una pasión, pero ningún antisemita admitirá que la padece sino por razones (p. 832).

De la premisa «muchos judíos aman el dinero»; no se puede extraer la conclusión «todos los judíos aman el dinero», y menos todavía «los antisemitas desprecian el dinero» (p. 842).

A este pequeño aprendiz de nazi, que al grito de «viva Eichmann» disparó la pistola contra el pecho de un chiquilín judío de quince años, le pregunto si ha olvidado que el cristianismo surgió del seno mismo y entrañable de la religión judaica y que, lo que es infinitamente trascendental, no podía surgir sino de allí. Le preguntaría, en fin, si ignora que el código moral por el que se rige nuestro mundo es esencialmente el código mosaico, hasta el punto que es falso y capcioso referirse a esta civilización como greco-latina, siendo que también lo es, y en grado eminente, una cultura judía.

Si no sabe, o si sus maestros se lo enseñaron y su resentimiento se lo ha hecho olvidar, que en la cárcel lea a algunos escritores católicos y arios como François Mauriac, para que se entere y quizá medite («¡Viva Eichmann, mueran los judíos!»), p. 947).

Si el lector está leyendo estos ensayos antes de haber conocido la tercera y última novela de Sábato, *Abaddón, el exterminador* (9), quizá entonces le sorprendan otras dos piezas: el «Homenaje a Ernesto Guevara», el famoso «Che» de la revolución cubana, y «Una teoría sobre la predicción del porvenir». En el primer caso, la sorpresa provendría del hecho de que ese lector, a poco que tenga alguna información sobre Sábato, sabrá de su juvenil adhesión al comunismo y de su subsiguiente apartamiento de esa ideología política. Podría parecerle, pues, paradójico el homenaje al hoy casi mítico «Che». Sin em-

(9) Primera edición Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1974.

bargo, no hay en ello una contradicción, lo que se hace evidente al leer el ensayo. Lo que une a estos dos hombres es un mismo ideal (hasta ahora) utópico: el ideal del Hombre Nuevo, el ideal de una nueva forma de convivencia entre los seres humanos. En suma: lo que los une es un «romanticismo anárquico», una suerte de idealismo utópico que, en ambos casos, supone rebelión contra dogmas inhibitorios y la elección, hecha por uno, de la lucha armada y, por el otro, del testimonio y la denuncia por el ejercicio de la palabra. Es el 'quijotismo' del pensamiento y la praxis de Guevara lo que Sábato apologiza:

... la lucha de Guevara contra los Estados Unidos ha sido la lucha del Espíritu contra la materia. Y... del mismo modo que en el siglo pasado grandes pensadores creían desentrañar fríamente las causas materiales de la injusticia en vastos tratados..., así también en nuestro dolorido tiempo..., alguien que había nacido como aquellos pensadores, en el seno de una familia privilegiada, se lanzó a la lucha movido por ideales románticos, y, aunque preocupado por las cifras de la producción, en un momento crítico de la economía cubana, se negó a fomentar la producción mediante premios materiales, sosteniendo que era menester cambiar la mentalidad de la masa para llegar al hombre nuevo que la revolución anhelaba, apelando únicamente al entusiasmo revolucionario, al patriotismo, al esfuerzo desinteresado y a la fe que mueve las montañas (pp. 880-881).

Sábato aduce luego pruebas acerca del teatro de esa muerte y testimonios de los que presenciaron, esto es, junto a la exaltación apologética, la objetiva noticia histórica como apoyatura de aquélla. Idénticos conceptos, sumados a fragmentos del *Diario* de Guevara, pasarán poco después a formar parte de los borradores de la novela que, en ese entonces, se hallaba todavía gestándose, *Abaddón*.

De igual manera, el otro ensayo que tal vez resultara inesperado para el lector no enteramente familiarizado con el pensamiento saba-tiano —«Una teoría sobre la predicción del porvenir»— se explica y encarna en las páginas de esa novela y puede ser usado como instrumento hermenéutico en el desciframiento de su significado. Pero aunque el tema que allí Sábato desenvuelve lo ha 'subyugado' desde siempre, los pensamientos están desarrollados a partir de una premisa inicial ejemplificada con casos reales de precogniciones para luego, dialécticamente, discutir la hipótesis que el mismo Sábato ha formulado. Es decir: la mente disciplinada en las ciencias pero aplicada a desentrañar fenómenos parapsicológicos y a los viajes en el inconsciente irracional, tal como los surrealistas se lo habían enseñado.

El último libro de ensayos sabatianos —*Apologías y rechazos*— (10) reúne siete ensayos, de los cuales dos ya figuraban en el tomo de Losada —«Pedro Henríquez Ureña» y «Judíos y antisemitas»— y otro —«El desconocido Da Vinci»— había aparecido en *La Nación* el 11 de septiembre de 1977 (cuarta sección, pp. 1-2). Los cuatro restantes son de especial interés en cuanto que todos ellos se refieren a la realidad argentina. Así como en los cinco ensayos que acerca del mismo tema aparecían incluidos en el volumen editado por Losada la indagación sabatiana estaba dirigida hacia lo cultural —la licitud del uso del voseo, la complejidad del argentino que debe aceptar su estirpe europea junto a su condición de latinoamericano, la madurez nacional y una literatura también nacional en que, sin acatamientos a dictámenes extranjeros, se armonice la herencia cultural europea con lo autóctono argentino—, ahora en estos ensayos de *Apologías y rechazos*, se vuelve sobre los problemas culturales (11), pero también se expande el ámbito temático para abarcar el aspecto político de la realidad argentina (12).

En «Sobre algunos males de la educación», Sábato critica tres fundamentos educativos: 1) el énfasis en la «información» en lugar de «formación», esto es, el vacío enciclopédico que atosiga a los alumnos de datos insustanciales; 2) los que Sábato llama «mitos del rigor», o sea, una educación que no está dirigida al alumno real, a lo que éste espera y necesita, sino una educación en que se le imponen severamente nociones abstractas que deberán confiar a la memoria sin alcanzar una real comprensión de los fenómenos y/o ideas; 3) «el fetichismo del programa» en virtud del cual el profesor debe ajustarse estrictamente a sus términos y al desarrollo de los mismos en los «textos a medida», desperdiciando, frecuentemente, oportunidades, temas, enfoques pedagógicos que suelen ser más imaginativos y feraces que los propiciados desde el programa oficial y su correlativo manual.

En «Educación y crisis del hombre», Sábato hace una recorrida —y una crítica— de los postulados sobre los que se levantó la educación en la Argentina, principalmente las ideas de Sarmiento, terminando el autor de *El túnel* por formular sus propios «Postulados para

(10) Primera edición Barcelona, Editorial Seix Barral, S. A., 1979. Las citas de los ensayos de este libro llevan el número de página a continuación de la cita.

(11) La Editorial Crisis recopiló en un volumen, en 1973, una selección de textos «tomados de libros, reportajes y artículos periodísticos» de la autoría de Sábato como contribución al esclarecimiento del concepto de cultura argentina. El volumen se titula *La cultura en la encrucijada nacional* (Buenos Aires, Ed. Crisis, 1973).

(12) En los últimos diez años, y en relación directa con la constante inestabilidad política, económica y social que ha estado viviendo la Argentina, el ensayo se ha vuelto el género dominante, particularmente la ensayística que debate la realidad nacional desde mediados del 80.

una educación de nuestro tiempo», de los que dan una idea los siguientes párrafos:

Una escuela que favorezca el equilibrio entre la iniciativa individual y el trabajo en equipo, que condene ese feroz individualismo... El trabajo comunitario favorece el desarrollo de la persona sobre los instintos egoístas, despliega el esencial principio del diálogo, permite la confrontación de hipótesis y teorías, promueve la solidaridad para el bien común. El ideal de persona, así enseñado y practicado en la nueva escuela, supone el rechazo de toda maquinaria social organizada con esclavos o ciberántropos; y no sólo es compatible con el desarrollo técnico, sino que por eso mismo es más necesaria...

Así como hay un egoísmo individual, existe un egoísmo de los pueblos, que con frecuencia se confunde con el patriotismo. Y así como el individuo puede acceder a la suprema categoría de persona venciendo a sus insaciables apetitos, los países pueden alcanzar esa categoría de nación que implica y respeta la categoría de humanidad; no de una humanidad en abstracto, como postulaba cierto género de humanismo racionalista, sino la constituida por la coexistencia de naciones de diferente color, credo y condición; no la abstracta identidad, sino su dialéctica integración, del mismo modo que los instrumentos forman una orquesta precisamente porque son distintos (pp. 105-106).

Tanto en «Nuestro tiempo del desprecio» como en «Censura, libertad y disentimiento» (13), Sábato examina la situación política argentina desde 1973 en términos totalmente francos y sin concesiones. Su actitud se ajusta a la preconizada por Albert Camus en su discurso de aceptación del Premio Nobel que, significativamente, Sábato usa como uno de los epígrafes con que abre el artículo mencionado en primer término:

... el escritor puede encontrar el sentimiento de una comunidad viva que lo justificará, *a condición que acepte, en la medida de sus posibilidades, las dos tareas que constituyen la grandeza de su oficio: el servicio de la verdad y el servicio de la libertad... Cuales-*

(13) «Nuestro tiempo del desprecio» fue escrito en 1976 para ser publicado en una obra colectiva titulada *Pensar la República*. «Censura, libertad y disentimiento» es el texto formado por las respuestas que Sábato dio a un cuestionario de la periodista Odille Baron Supervielle para *La Nación*. Allí apareció el 31 de diciembre de 1978. En la Argentina el escritor se convierte en una figura pública en razón directa de la repercusión que alcance su obra, aunque sea de ficción, pero que, como la de Sábato, está siempre hurgando la realidad nacional. De tal modo que todo escritor notorio adquiere gravitación sobre la opinión pública, se lo entrona casi en una función oficial. La historia argentina muestra esta modalidad en el pasado, y la televisión y los diarios y revistas lo testimonian en el presente. En la Argentina, la opinión pública *demand*a del escritor una toma de posición, una permanente definición frente a los hechos que la afectan. Es la tradición en la que se inscribieron Echeverría, Sarmiento, Hernández, Lugones. Y a la que hay que adscribir estos ensayos de Sábato.

quiera que sean nuestras flaquezas personales; la nobleza de nuestro oficio arraigará siempre en dos imperativos difíciles de mantener: la negativa a mentir respecto de lo que se sabe y la resistencia a la opresión (p. 109). (El subrayado me pertenece.)

La tesis que Sábato sostiene es que la Argentina, a partir de 1930, terminó su período de «petulante suficiencia» para entrar en otro de autocrítica negativa debido a un estado de frustración al tener que confrontar una realidad que no reproducía lo que describían «las grandes frases celebratorias». Esta actitud es garantía, para Sábato, de que la Argentina es, por fin, una nación madura, que sabe aceptar no ya sólo sus méritos, sino también los defectos de los que todos son responsables. Analiza los hechos que siguieron al regreso de Perón, en marzo de 1973, y la manera cómo se encaramó al poder José López Rega —«paradigma de una Argentina que nos abochornó», «mezcla de delirante y de brujo de conventillo, de estafador y de sensiblero comediante, de hipócrita y de jefe de mafia» (p. 113)—, para concluir que en la «gigantesca defraudación que desilusionó al país entero» hay que buscar las causas de la guerrilla. La nación perseguía y deseaba, explica Sábato, el restablecimiento de una democracia basada en los principios de justicia y libertad que le dieron nacimiento. Pero, en esta ocasión la historia argentina no se escribió de esa manera, sino que «[u]na vez más los acontecimientos históricos nos enfrentan al clásico problema, cuando diferentes movimientos cometen atrocidades invocando fines nobilísimos» (p. 119). Por ello Sábato advierte que «[s]erá imposible refundar la república si no hacemos clara conciencia de este siniestro problema de fines y medios y si no terminamos de una vez con la caza de brujas que inevitablemente acarrea ... los medios no pueden ser perversos, y es trágicamente ilusorio perseguir grandes fines con medios innobles. Así, la primera condición para cualquier proyecto ha de ser el respeto por la persona, lo que supone, en primer término, su libertad» (pp. 121-122).

Mas Sábato, en este ensayo, supera el análisis de las circunstancias y su mera crítica, ya que ofrece, hacia el final, un «conjunto de recomendaciones», esto es, los fundamentos de una praxis basada en

- abolición de la pobreza y la injusticia;
- descentralización del poder político para alcanzar un federalismo efectivo;
- descentralización de las grandes ciudades mediante la dispersión política, industrial y comercial;
- cooperativismo en producción y consumo;
- defensa de las libertades individuales;

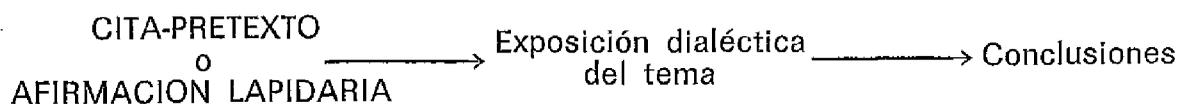
reforma de la educación armonizando ciencia y humanismo, pensamiento mágico y lógico, artes y letras; y, finalmente, el estudio, por parte de sociólogos, políticos, psicólogos, pensadores y economistas, del uso de la técnica y del tipo de desarrollo que específicamente se necesita en la Argentina.

Como siempre, en la expresión de su pensamiento, junto a estas lúcidas formulaciones, Sábato no puede acallar su visión romántica, su expresión subjetiva del problema. Y entonces leemos:

Ayudado en el murallón de la Costanera, de espaldas al gran río lateral, en algún crepúsculo de verano, he contemplado la silueta de este temible leviatán, este turbio y gigantesco, tierno y brutal, aborrecible y querido Buenos Aires. Y me he preguntado, mirándolo, qué somos, qué nos pasa, adónde vamos. Preguntas que se vuelven más angustiosas en estos días de hojas secas y lloviznas heladas. Y también de neblinoso descontento, en que todos estamos recelosos, en que nuestros corazones no laten al unísono... (p. 142).

«Censura, libertad y disentimiento» es un poco una variación del mismo tema con algunos agregados que, indudablemente, han debido responder a circunstancias del momento. Digo esto porque gran parte del artículo está dedicado a debatir la censura de las obras del filósofo del idealismo marxista francés Henri Lefebvre y de los escritores Alvaro Yunque (argentino) y Marino Vargas Llosa (peruano), como así también a rebatir a esos «cazadores de brujas [que] califican de comunistas o de ideólogos del terrorismo a cualquiera que preconice la justicia social o apoye el combate de los pueblos esclavizados contra el colonialismo y hasta cualquiera que lea o murmure palabras como estructuralismo» (p. 153).

Estos textos ensayísticos de Sábato que vienen, pues, a sumarse a los de sus cuatro libros fundamentales en el género, muestran que el pasaje del tiempo no ha alterado los que son los rasgos fuertemente personales de ese *corpus*: el tono polémico y aforístico, lapidante, sarcástico en que la reducción al absurdo, el humor negro, la paradoja, las enumeraciones y comparaciones aclaratorias, enfatizantes, las metáforas que alivian y humanizan el pensamiento dentro y siempre polémico, se suman a un formato



que pocas veces varía, pero cuyo objetivo —mantener en vilo y cómo llevar de la mano al lector por entre el tumulto de las ideas— se cumple siempre.

Sábato exhibe en sus ensayos una total mezcla de pensamiento especulativo con estallidos emocionales, una prosa certera, pero también visceral, un lenguaje de alto calibre intelectual junto a expresiones coloquiales, todo ello inflexionado, frecuentemente, mediante un poderoso ritmo en que repeticiones anafóricas, construcciones paralelas y antinómicas y una graduación sabia de la argumentación, crean, en algunos párrafos, angustiosos climas de los que el lector descansa en el remanso verbal y conceptual con que Sábato remata siempre tales *crescendos*.

Cuando Sábato afirma que es a través de sus ficciones, de la novela, que el creador se da íntegro, creo que retacea el valor de estas páginas ensayísticas. Porque es, precisamente, rasgo del ensayo el ser el género «dialogante» por excelencia, el ser un texto participativo, compartido con naturalidad, forma peculiar de la comunicación sugestiva de ideas en que éstas abandonan toda pretensión de imparcialidad para adoptar resueltamente las ventajas y limitaciones de su base personal y prejuiciada (14). Antidogmático, actual (15), «la forma que más se presta a la fragmentación, al capricho, a la propaganda, al servicio literario y extraliterario», «testimonio y actitud más que ideología» (16), el ensayo arranca a los temas «sus más íntimas relaciones» (17) por ser «la expresión más íntima..., el género del escenario personal» (18). Lo que Sábato pierde de vista en su afirmación sobre la novela es que, frente a ella, el lector nunca puede estar seguro de cuáles son las ideas, la «persona» del autor, mientras que en el ensayo lo tiene de frente en una conversación íntima. En el caso de los ensayos de Sábato, aun teniendo presente que él los ha refundido en gran medida en sus ficciones, el lector está 'colaborando' en esta prosa reflexiva no porque la re-cree (como lo hace con la de ficción), sino porque la completa en la relación *sui generis*, triangu-

(14) J. L. Martínez: Introducción a *El ensayo mexicano moderno* (México, FCE, 1958), páginas 10-11. Véanse también A. Reyes: «El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria», y «Apuntes para la teoría literaria», en *Obras completas*, t. XV (México, FCE, 1963); R. Wellek y A. Warren: *Teoría de la literatura*, tercera ed. (Madrid, Gredos, 1962); Delfín L. Garasa: *Los géneros literarios* (Buenos Aires, Columba, 1971); T. Todorov: *Introducción a la literatura fantástica* (Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1972); José E. Clemente: *El ensayo* (Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1961); T. W. Adorno: «Der Essay als Form», *Noten zur Literatur*, t. 1 (Berlín-Frankfurt, Suhrkamp Verlag, 1958).

(15) Mario A. Lancelotti: «Apuntes sobre el ensayo», *Opiniones latinoamericanas*, 3 (septiembre 1978), 59-60.

(16) Peter G. Earle y Robert G. Mead, Jr.: *Historia del ensayo hispanoamericano* (México, Edics. De Andrea, 1973), p. 154.

(17) M. Vitier: *Del ensayo americano* (México, FCE, 1945), p. 45.

(18) Peter G. Earle: «El ensayo hispanoamericano como experiencia literaria», en *El ensayo y la crítica literaria de Iberoamérica*. Memoria del XIV Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana (Toronto, Universidad de Toronto, 1970), p. 25.

lar, que se da entre autor, obra y lector, reacción «de confrontación recíproca y constante» (19).

Es evidente que en el ensayo sabatiano confluyen la indagación cognoscitiva y especulativa con la sensibilidad y la pasión en una síntesis personalísima que revitaliza el cauce por donde echó a andar el género en la Argentina y que lo enriquece con sus ideas, su auténtica argentinidad, la constancia en el testimonio y el valor en las denuncias hechas desde el centro mismo de la hoy muy triste y dura realidad argentina. Sábato, como Herbert Read, ha elegido

limitar las creencias a los principios esenciales, arrojar cuanto sea temporal y oportunista, y luego *permanecer donde se está, y sufrir si hay que sufrir* (20).

A Sábato se lo celebra y vitupera, se lo respeta y ataca, se lo sigue y se lo supera. Todo lo cual significa que Ernesto Sábato es una fuerza muy viva y operante en el escenario cultural argentino contemporáneo.

ANGELA B. DELLEPIANE

City College. Graduate Center
510 East 86 Street
NEW YORK, N. Y. 10028 (USA)

(19) Earle, p. 26.

(20) Herbert Read: *Poesía y anarquismo*. Es el epígrafe que aparece, junto al citado anteriormente de Camus, en «Nuestro tiempo del desprecio», *Apologías y rechazos*, p. 109. El subrayado es mío. El *New York Times*, en un artículo firmado por Edward Schumacher y publicado el 15 de noviembre de 1981 (primera sección, p. 13), llamaba a Ernesto Sábato «the aged literary hero» y le reconocía la calidad de «Idol of the country's young».